

mortificacion; no se pase dia alguno sin adorar á Cristo crucificado; sin besar sus llagas muchas veces, sin pedirle el espíritu de mortificacion, y de penitencia. Sirve mucho, aprovecha mucho la tierna devocion con la santa cruz, para que seamos menos delicados, menos sensibles, y mas mortificados.

## DIA XIV.

### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN VALENTIN, presbitero y mártir, en Roma en la via Flaminia, esclarecido en doctrina y gracia de curar enfermedades; fué azotado, y degollado en tiempo de Claudio emperador. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VIDAL, FELICULA, Y ZENON, en Roma. (*Véase acerca de estos santos mártires la nota que sigue al martirologio de este dia.*)

SAN VALENTIN, obispo y mártir, en Terni (en Hungria), que despues de haber sido largamente azotado, lo pusieron en una carcel, y viendo que no lo podian vencer, lo sacaron de ella á media noche y lo degollaron por mandato de Plácido, prefecto de la ciudad. (El cuerpo de este Santo fué llevado despues de mucho tiempo al monasterio de san Benito de Bages, cerca de la ciudad de Manresa, en el obispado de Vich, en Cataluña, donde es tenido en grande veneracion; y por todo aquel territorio se celebra su fiesta á 14 de febrero.)

LOS SANTOS MÁRTIRES PRÓCULO, EFEBO, Y APOLONIO, en la misma ciudad, los cuales estando velando una noche el cuerpo de S. Valentin, fueron presos y degollados por orden del cónsul Leoncio.

LOS SANTOS MÁRTIRES BASO, ANTONIO, Y PROTÓLICO, que fueron ahogados en el mar.

LOS SANTOS MÁRTIRES CIRION, presbitero, BASIANO, lector, AGATON, exorcista, Y MOISÉS, en Alejandria, los cuales todos juntos fueron quemados, y así volaron al Señor.

SAN DIONISIO, Y SAN AMMONIO, mártires, fueron degollados tambien por la fe en Alejandria.

SAN ELEUCADIO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN AUXENCIO, abad, en Bitinia.

SAN ANTONINO, abad, en Sorrento: habiendo los Longobardos destruido el monasterio de Monte Casino, se retiró á un yermo junto á la misma ciudad, y allí adornado de santidad murió en el Señor. Su cuerpo es tenido en gran veneracion por los continuos milágrs que obra, especialmente en sanar á los energúmenos.

---

En este dia se celebra en el monasterio de nuestra Señora de Serrateix, del orden de S. Benito, en el obispado de Urgel, la

fiesta de los ilustres mártires de Jesucristo S. Vidal, S. Zenon, y Sta. Felicula, vírgen : de quienes hacen conmemoracion muchos Martirologios con la espresion que padecieron en Roma, bien que no nos consta con certeza las actas de sus gloriosos martirios, como ni la época, ó por quien fueron trasladados á aquel monasterio los cuerpos de estos santos mártires, donde se tienen en grande veneracion.

SAN VALENTIN, PRESBITERO Y MÁRTIR.



S. VALENTIN PRESB. Y M.

SAN Valentín, presbítero, se hallaba en Roma en el reinado del Emperador Claudio II, hácia el año del Señor de 270. El universal elevado crédito de su virtud y de su sabiduría le habían granjeado la veneracion, no solo de los cristianos, sino aun de los mismos gentiles. Mereció el renombre de padre de pobres por su grande caridad; y su celo por la religion era tanto mas eficaz, quanto se mostraba mas puro y mas desinteresado. La humildad, la dulzura, la solidez de su conversacion, y cierto aire de santidad, que se derramaba en todos sus modales, hechizaba á cuantos le trataban : ganaba primero los corazones para sí, y despues los ganaba para Jesucristo.

No podia ser desconocido en la corte un hombre como Valentín, tan venerado del pueblo, y tan estimado de los grandes. Hablaron de él al emperador, informándole ser un hombre de un mérito superior, y de una sabiduría extraordinaria. Quiso verle, y el distinguido modo con que le recibió acreditó bien la grande estimacion que hacia de su persona. Preguntóle desde luego : *Por qué no queria ser su amigo, puesto que el mismo emperador deseaba serlo suyo. Añadiéndole, que por lo mismo que le estimaba tanto, no podia llevar en paciencia, que profesase una religion enemiga de los dioses del imperio, y consiguientemente de los emperadores.*

Valentín, que por su compostura, por su grato semblante, y por su modestia habia ya cautivado al emperador, le respondió poco mas ó menos en estos términos : *Si conocierais, señor, el don de Dios, y quien es aquel á quien yo adoro, y á quien sirvo, os tendriais por feliz en reconocer á tan soberano dueño, y detestando el culto que ciegameente rendis á los demonios, adorariais como yo al solo Dios verdadero, Criador del cielo, de la tierra, y de todo quanto se contiene en este vasto universo, juntamente con su único Hijo Jesucristo, Redentor de todos los mortales; igual en todo á su Padre. Gran señor, á la benignidad de este único supremo Numen debeis el ser que tenéis, y el im-*

perio que gozáis : el solo os puede hacer feliz á vos , y á todos vuestros vasallos.

Al oír esto cierto doctor idólatra, que tenia oficio en palacio, y se hallaba á la sazón en el cuarto del emperador, le preguntó : *Pues, ¿y qué juicio haces de nuestros grandes dioses Júpiter, y Mercurio? El juicio que yo hago,* respondió el Santo, *es el mismo que tú propio debes hacer; quiero decir, que no hubo en el mundo hombres mas malvados que esos á quienes vosotros dáis el título de dioses. Hasta vuestros mismos poetas tuvieron gran cuidado de instruirlos de sus infamias, y de sus disoluciones. A mano tenéis sus historias: mostradme únicamente su genealogía, con una breve noticia de su vida, y os haré confesar, que acaso no ha habido jamás hombres mas perversos.*

Aturdió á todos una respuesta tan animosa como verdadera, y mirándose atónitos los unos á los otros, quedaron por algun tiempo como embargados, y mudos. Pero volviendo en sí, se dejó oír una confusa gritería de los que clamaban en tono descompuesto, *blasfemia, blasfemia.* Mas el emperador, ó porque estuviese interiormente convencido de lo que acababa de escuchar, ó porque á lo menos le hubiese hecho alguna fuerza, sin hacer aprecio del desentono de los cortesanos, quiso oír á Valentin mas en particular. Hizole varias preguntas con mucha bondad acerca de diferentes artículos de nuestra religion. *Si Jesucristo es Dios,* le preguntó, *¿por qué no se deja ver? ¿Y por qué tú mismo no me haces evidencia de una verdad en que voy á interesar tanto?*

Señor, le respondió el Santo, *por lo que toca á mí, no dejareis de lograr esta dicha; y despues de haberle explicado con la mayor viveza, y claridad los puntos mas esenciales de nuestra santa fe, concluye diciendo: ¿Queréis, señor, ser feliz? ¿Queréis, que vuestro imperio florezca, que vuestros enemigos sean destruidos? ¿Queréis hacer felices á vuestros pueblos, y aseguraros á vos mismo una eterna felicidad? Pues creed en Jesucristo: sujetad vuestro imperio á sus leyes, y recibid el bautismo. Así como no hay otro Dios que el Dios de los cristianos, así tampoco hay que esperar salvacion fuera de la religion, que los cristianos profesan. No, señor, fuera de la religion cristiana no hay salvacion.*

Habló el Santo con tanta energía, y con tanto peso, que el emperador pareció verdaderamente movido; y aun es fama, que vuelto á sus cortesanos, les dijo : *Es preciso confesar que este hombre nos dice muy bellas cosas, y que la doctrina que enseña tiene un aire de verdad, que no es fácil resistirse á ella.* Al oír

estas palabras el prefecto de la ciudad, llamado Calpurnio, comenzó á gritar : *¿No veis como este encantador ha engañado á nuestro principe? ¿Y qué! ¿abandonaremos la religion de nuestros padres, la que mamamos con la leche, y en la que nos criamos desde la cuna, por abrazar una secta oscura, incomprendible y desconocida?*

Al oír esta sediciosa exclamacion del prefecto, temió el emperador algun tumulto : pudo mas este desdichado miedo, que la gracia interior, que le solicitaba fuertemente á convertirse; y sacrificando su eterna salvacion á un vil humano respeto, ahogó los saludables movimientos de su corazon; y remitió la causa del santo presbitero al prefecto Calpurnio, para que la sustanciase, y sentenciase segun las leyes.

Mandó Calpurnio que le metiesen en la cárcel, y encargó al juez Asterio, que le hiciese la causa como cristiano, y como uno de los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Asterio habia sido testigo de la grande impresion que habian hecho en el emperador las palabras de Valentin, y celebró mucho que se le ofreciese esta ocasion de hablarle despacio, resuelto á emplear cuantos artificios pudiese para derribarle de la fe, no dudando que haria bien la corte al prefecto, si lograba persuadir á Valentin, que renunciase el cristianismo.

Con esta idea le llevó á su casa. Apenas entró en ella nuestro Santo, cuando levantando las manos y los ojos al cielo, rogó fervorosamente al Señor, que pues habia dado su sangre, y su vida por la salvacion de todos los hombres, se dignase alumbrar con las luces de la fe á todos los habitadores de aquella casa, que estaban sepultados en las tinieblas de la idolatría, haciéndoles la gracia de conocer á Jesucristo, verdadera luz del mundo.

Oyó Asterio esta oracion, y le dijo : *Admírome, que un hombre de tan noble, de tan claro entendimiento tenga á Jesucristo por verdadera luz: gran lástima me da verte encaprichado en esos errores.* Sábeta, Asterio, respondió el Santo, *que no es error el que me supones. No hay verdad mas innegable, que el que Jesucristo, mi Salvador, y mi Dios, que se dignó hacerse hombre por nosotros, es verdadera luz, que alumbrá á todos los que vienen al mundo. Si eso es cierto, replicó Asterio en tono de burla, quiero hacer la prueba. Ahí tengo una hija, á quien amo tiernamente, que está ciega muchos años ha: si Jesucristo la restituye la vista, te empeño mi palabra de hacerme cristiano, con toda mi familia.*

Animado Valentin de una viva fe, hizo traer á la doncella; y

haciendo sobre sus ojos la señal de la cruz, dirigió al cielo esta oracion fervorosa : *Señor mio Jesucristo, verdadero Dios, y verdadero Hombre, que disteis vista á un ciego desde su nacimiento, y que quereis la salvacion de todos los hombres, dignaos oír la oracion de este pobre pecador, y de curar á esta pobre doncellita.* A estas palabras recobró su vista la niña. Asterio, y su mujer se arrojaron á los pies de Valentin, pidiéndole el bautismo. Catequizólos el Santo por algunos dias, y los bautizó con toda su familia en número de cuarenta y cuatro personas, cuya mayor parte tuvo la dicha de recibir á pocos dias despues la corona del martirio.

Habiendo llegado á noticia del emperador todo lo que habia pasado, admiró la virtud divina, tan visiblemente ostentada en todas estas maravillas. Gran deseo tenia este príncipe de librar á S. Valentin; pero temiendo alguna sedicion del pueblo, que ya le sospechaba cristiano, no se atrevió á embarazar, que los jueces le juzgasen, y le condenasen segun las leyes. Estuvo algunos dias en la cárcel cargado de cadenas, y apaleado muchas veces, hasta que al fin fué degollado fuera de la ciudad en la via Flaminia, que va á Umbria, el año del Señor de 270. Los cristianos tomaron su sagrado cuerpo, y le enterraron cerca de la misma puerta Flaminia, que despues se llamó la puerta de san Valentin, y hoy se llama la del Pópulo hácia Ponte Mole. Dicese que el papa Julio mandó edificar una iglesia sobre la sepultura de nuestro Santo, la que reparó el año de 645 el papa Teodoro, y fué despues muy célebre, por la mucha devocion que siempre ha tenido el pueblo á este gran siervo de Dios. La mayor parte de sus reliquias están en Roma, aunque se veneran algunas en muchas ciudades de Italia, y de Francia, especialmente en Melun sobre el Sena, y en la abadia de S. Pedro.

**BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, FUNDADOR DE LA REFORMA DE LOS DESCALZOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.**

**E**L siglo XVI, fecundo en monstruos que turbaron la paz de la Iglesia, lo fué tambien en héroes de la cristiandad. Entre estos floreció Juan Bautista Garcia, hijo de Marcos y de Isabel Lopez, familia noble de Almodovar del Campo en donde nació el 10 de julio de 1561. Sus padres educaron á él desde niño, á sus dos hermanos y cuatro hermanas, en el santo temor de Dios y en el ejercicio de la virtud. A los desvelos de sus padres correspon-

dió Juan con su docilidad; pues como sello en blanda cera, así se imprimian en su corazon sus preceptos y ejemplos. De aquí nació el rigor con que, á los seis años, maceró su cuerpo con recias disciplinas por haber oido á su padre decir que así lo hacian los Santos. Dormia con el cilicio sobre un corcho ó sobre sarmientos. Su ayuno era casi continuo, frecuentemente á pan y agua, y no probaba la carne: tal fué su tenor de vida hasta los doce años que, á ruegos de sus padres, templó el rigor de su penitencia por haber ésta debilitado notablemente su salud.

En su niñez nada habia pueril. Sus compañeros eran los libros devotos, se ocupaba en la oracion y por lo comun en la iglesia. En la de los Carmelitas descalzos tuvo ocasion de tratar á estos religiosos, de quienes aprendió la perfecta abnegacion de sí mismo y á practicar debidamente la virtud. Sus palabras eran pocas y discretas, su modestia admirable, y su recato era tal, que nunca miraba á las mujeres aunque fuesen parientas. A los nueve años hizo voto de castidad por haber leído que una santa niña habia consagrado á Dios su virginidad. Era devoto en los templos, afable con todos y caritativo con los necesitados. A los siete años podia ya comulgar, á juicio de su confesor, pero éste se lo dilató hasta los once. Unido con Dios por este sublime acto, era tal la vida que llevaba que todos le apellidaban, con mucho sentimiento suyo, el Santo. Razon tuvo Sta. Teresa de Jesus cuando, hospedada en casa de sus padres, les dijo, sin duda con espíritu profético, que lo seria muy grande.

Concluida la filosofia, pidió el hábito á los Carmelitas descalzos, pero no habiéndose realizado sus deseos, ignorándose la causa, fué á estudiar teologia á Baeza y despues á Toledo, en donde visitó el de los Trinitarios el dia de S. Pedro del año 1580, y á los diez y nueve de su edad. La vocacion era de Dios, y así fué luego un dechado de virtud; pues los ejercicios religiosos eran su consuelo, el retiro su delicia, la obediencia le era suave, la mortificacion familiar y la humildad natural. Concluido el noviciado, hizo su profesion en el mismo dia de S. Pedro. Siguió sus estudios con grande aplicacion, siendo su catedrático el beato Simon de Rojas; de modo que con ella y con tal maestro, salió consumado en teologia mistica y moral.

Concluidos los estudios, Dios le probó con tan aguda enfermedad, que le dejó muy delicado por toda su vida. Esto no obstante se aplicó á leer los SS. Padres para poder distribuir á los fieles el pan de la divina palabra. Procurando la santificacion de los otros, no olvidaba la propia, y siempre aspiraba á mayor perfeccion. La descalcez era su objeto predilecto, y Dios

le colmó sus deseos del modo siguiente. En 1594 á 8 de mayo se juntó en Valladolid capítulo general en el que, con otras cosas, se decretó que en cada provincia de la órden hubiese dos ó tres conventos en que se viviese segun la regla primitiva. A este fin el padre ministro de Marcilla fué destinado para fundar en Valdepeñas, y llevó consigo á Juan, que al consuelo de decir allí la primera misa, juntó despues el de ser el primer padre de aquel convento, aunque por entonces le enviaron á Sevilla. El 9 de noviembre de 1598 se colocó el santísimo Sacramento en la iglesia, que lo fué la ermita de S. Nicasio. Como todas las obras de Dios tienen, por lo comun, sus contradicciones de parte de los hombres así las tuvo esta en Valdepeñas aun que pasajeras.

Durante ellas, Juan predicó en Sevilla un sermón en que dijo cosas que tenían mucha relacion con lo que pasaba en Valdepeñas. Con esto y otras ilustraciones del Señor se avivaban mas sus deseos de abrazar la descalcez. Obligóse á ello con motivo de una recia tempestad que se levantó en el camino desde Sevilla á Andujar, adonde iba á ver al padre comisario general. Este queria llevarle consigo á Madrid, y los Padres de Andujar le querian por superior; pero él alcanzó de Dios que éstos desistiesen de su empeño y que aquél mandase al padre ministro de Valdepeñas que le vistiese el hábito de recoleto, y que en todo obrase con Juan de comun acuerdo.

Vencidas con trabajo las dificultades que le opuso el comun enemigo, llegó á Valdepeñas, y cuatro dias despues se le dió el hábito con satisfaccion igual á los deseos que tenia de recibirlo. Esta se aumentó con una vision que mereció tener la primera noche, en que le pareció que, á la vista de Jesus crucificado, le clavaban en una cruz. A pesar de su quebrantada salud fué á Sevilla á celebrar capítulo general, y en él fué elegido ministro de Valdepeñas. Allí estableció un modo de vivir segun la reforma, y era el primero en dar ejemplo. A los súbditos ordenó que subrogasen al nombre de su familia el de un Santo de su devocion, el de algun misterio de Jesucristo ó de su santísima Madre, ó que lo sacasen por suerte. Por ella cupo á Juan el de la Concepcion que le dió este nombre.

Luego se le juntaron trece compañeros, entre ellos algunos prelados de otros conventos que, no pudiendo acomodarse con tanta penitencia, humildad y pobreza, se volvieron con mengua y perjuicio de la reforma; porque el padre general, dando fácilmente oído á sus quejas, formó un concepto menos ventajoso de Juan: hasta el mismo comisario general, á quien fué á ver á Madrid para promover la reforma, estaba prevenido contra él.

Pensó, pues, ir á solicitar del Papa lo que no podia conseguir de sus superiores; pero el demonio le opuso grandes obstáculos, espantando con formas y aullidos horrendos á sus religiosos, y presentando á su imaginacion grandes dudas y motivos de desaliento. En tal conflicto Juan acudió á la oracion, y en ella mereció oír de Dios estas palabras: *No temas; prosigue, que yo te ayudaré.* Alentado con ellas, emprendió el viaje á Roma con un lego, llevando cincuenta escudos, sin alforjas ni equipaje. Por Manzanares fué á Alicante, donde se embarcó para Génova; pero se levantó una fuerte tempestad en la que, arreciando los vientos, pensaron naufragar. Juan en un raptó, vió á Jesus en ademán de ir á socorrer la nave, alentó á todos y todos se salvaron. Vueltos á tierra, Juan se fué otra vez con el lego á Valdepeñas.

El 4 de octubre de 1597 emprendió de nuevo el viaje con otro lego. En Alicante se presentó al duque de Maguera, que iba de virey á Sicilia, que tomándole bajo su proteccion, le llevó consigo en su galera. Pasaron por Barcelona á Cobliure, en donde padecieron mucho de parte de los elementos. A los que éstos perdonaban consumia una enfermedad contagiosa. Las que Juan padecia casi habitualmente, no le impidieron de ejercitar su caridad con el prójimo, acudiendo á todas partes á hacerse todo para todos. Disipadas en Cobliure por un varon sabio las dudas con que de nuevo le molestaba el demonio para que desistiese de su piadoso intento, pasaron á Génova. Allí Juan se despidió de su bienhechor y, siguiendo su viaje, llegó á Roma el 21 de marzo de 1598.

Al principio pareció que los ánimos de varias personas distinguidas estaban dispuestos á favorecerle, mas sus contrarios de España le hicieron tan cruda guerra, que en poco tiempo se vió abandonado de todos, menos del P. Pedro de la Madre de Dios, carmelita descalzo, predicador de su Santidad. En este abandono suplicó particularmente á Jesus que fuese su compañero, y varias veces tuvo el consuelo de verle á su lado. Por estas y otras visiones conoció el feliz éxito que tendria su empresa, y lo tuvo en efecto, despues de grandes dificultades, por el breve de institucion, espedido por Clemente VIII en 20 de agosto de 1599. Aunque en él no se hace mencion espresa de Juan, es cierto que fué el primero en solicitarlo y el que mas trabajó para obtenerlo.

Vuelto á España y vencidos los obstáculos que sus contrarios pusieron á la ejecucion del breve, fué á tomar posesion del convento de Valdepeñas. Tambien los hubo allí de parte del padre ministro, que se le opuso obstinadamente, hasta que el gobernador

de la villa interpuso su autoridad para que se cumplierse el mandato del visitador apostólico para la ejecución del breve. Los religiosos se fueron; pero bien pronto se le reunieron otros hasta el número de diez y seis. Esto y la fundación sucesiva de ocho conventos fué una compensación de sus trabajos continuos. Con anuencia del nuncio apostólico juntó capítulo general en el que, contra su voluntad, fué elegido provincial.

En esta nueva dignidad, pareció escederse á sí mismo. Su celo era grande, su vigilancia admirable, su solicitud paternal. En la visita que hizo á sus conventos sus palabras y sus obras llevaban el sello de la caridad, inculcando la mas estrecha observancia de su regla. Esta tarea no le distraía de su intento principal de estender la reforma; pero no siempre halló buena disposición en los pueblos. Cumplido el trienio de su provincialato se retiró al convento de la Solana, despues el provincial le envió á Valladolid, y posteriormente elegido en difinitorio, pasó de ministro al convento de Córdoba. A los pocos meses renunció para ir á fundar á Toledo, lo que consiguió, convirtiendo, con su caritativa paciencia y constancia, los ánimos que se le mostraron mas hostiles, y trocando en protectores los que habian sido mas contrarios de la fundación.

Tantos trabajos y molestias, ocasionados muchas veces por aquellos de quienes menos debia esperar, causaron un quebranto notable en su salud ya delicada. Era de ver su paciencia y santa resignación entre los mas agudos dolores. Médicos, medicinas, asistencia esmerada, todo fué en vano, porque habia llegado el tiempo de recoger el premio de sus méritos y constancia. Al darle esta noticia, contestó con David: *Heme alegrado en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor*. Se le administró el santísimo viático, que recibió con viva fe y abrasado en caridad. Recibida, á petición suya, la santa unción, murió en el Señor el 14 de febrero de 1613. Mucho podria añadirse sobre sus virtudes, que declaradas en grado heróico por Clemente XIII, fué beatificado por Pio VI, teniendo en nuestros dias la satisfacción de verle colocado en los altares.

*La Misa es en honra de S. Valentín, y la oración es la que se sigue:*

Concedenos, omnipotente Señor, por la intercesión del bienaventurado mártir Valentín, cuya festividad celebramos, que seamos libres de los males que nos amenazan. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del capítulo 10 del Libro de la Sabiduría.*

El Señor trajo al justo por caminos rectos, mostróle el reino de Dios, y le dió la ciencia de los Santos: le enriqueció en sus trabajos, é hizo coger el fruto de ellos. Le asistió contra los que querian sorprenderle con engaños, y le colmó de bienes. Le guardó de sus enemigos, defendiéndole de los seductores, y lo empeñó en un fuerte combate para que venciese, y supiese, que la sabiduría es mas

poderosa que todo. Esta no abandonó al justo cuando fué vendido, sino es que le libró de los pecadores: descendió con él á las prisiones, y no le desamparó en las cadenas, hasta poner en sus manos el cetro, y poder regir contra los que le oprimian, y descubrir por falsarios á los que le calumniaron, y el Señor nuestro Dios le dió una gloria eterna.

#### REFLEXIONES.

*El Señor guió al justo por caminos derechos.* El espíritu de Dios nunca guía por otros. La rectitud de corazón, y de entendimiento son dos de las mas bellas pinceladas, que siempre se descubren en el retrato del justo. El pecador siempre va por camino torcido, así como el justo marcha á Dios por el mas derecho. ¿De qué sirven todos esos giros oblicuos, todos esos artificios del amor propio? ¿Será acaso porque Dios no sabrá correr la cortina á todos esos misterios de iniquidad, ni desenmarañar todos esos enredos espirituales? Atolóntranse los hombres en sus mismos descaminos, hallándose atrapados, ¿y qué se gana al fin? Los disolutos se descaminan á ojos abiertos, y á la mitad del dia; los falsos devotos á favor de una niebla voluntaria. Muchas personas, que hacen profesion de virtuosas, viven con mil groseros errores prácticos; por falta de esta rectitud. Todo sirve de pretestos y de alimento al amor propio, hasta la misma religion. Lisonjéase vanamente el corazón de que ama á Dios, y se ama á sí mismo. El pretesto de la mayor gloria de Dios, sirve no pocas veces maravillosamente para nutrir nuestro orgullo. Es la rectitud una pureza de intención, y de motivo, que encamina al alma hácia el bien, por amor del mismo. Aun cuando la rectitud no se hallase en un grado de perfección tan elevado, todavía seria muy provechosa. ¡Buen Dios! ¡y qué prueba mas sensible de los pocos que sinceramente os aman, que tanta delicadeza en la devoción, tanta condescendencia consigo, tanta flojedad, tanta tibieza en vues-

tro servicio! La ciencia de los Santos, es la ciencia de la salvacion: la ciencia de la salvacion, es la ciencia práctica del Evangelio; porque en cuanto á mera especulacion, al puro conocimiento de lo que se debe obrar, esa es una ciencia que la pueden poseer las almas réprobas. Saber lo que se debe hacer, y hacer lo que se sabe, esa es la verdadera ciencia de los Santos. ¡Qué buen amo es Dios! ¡Qué ventajosa, qué dulce cosa es servirle! No solo premia lo que se hace, sino lo que se quisiera hacer por él. Tómamos en cuenta nuestra buena voluntad. En servicio de este amo tan liberal, y tan agradecido siempre se coge el fruto de los trabajos. Tanto reciben los que vienen tarde, como los que vienen temprano, si el fervor de aquéllos escede al celo de éstos. Añade el Sabio, que el Señor hizo al justo respetable: *Honestavit illum in laboribus.* ¡Cosa estraña! ¡que sean tantos los que aman la distincion, y la honra, y sean tan pocos los que la busquen donde verdaderamente se halla! Solamente la virtud es la madre de la verdadera gloria. Consultemos á los mas imperfectos, á los mas relajados: sienten no sé qué estimacion, no sé qué respeto hácia las personas virtuosas. Es este un tributo que se paga á la virtud, de que ninguno se exime.

*El Evangelio es del capitulo 10 de S. Mateo.*

En tiempo que Jesucristo ins-  
truía á sus discipulos, les dijo:  
No juzgueis, que vine á traer la  
paz sobre la tierra: no vine á  
traer la paz, sino es la espada,  
pues vine á separar al hombre  
de con el padre (esto es segun  
los afectos carnales) la hija de  
con la madre, y á la nuera de  
con la suegra: porque los ene-  
migos del hombre son sus do-  
mésticos. El que ama á su pa-  
dre, ó madre, á su hijo, ó hija  
mas que á mí, no es digno de  
mí; como tampoco el que no  
toma su cruz, y me sigue. El  
que conserva la vida (segun las

delicias del siglo) la perderá;  
y el que la perdiere por mí, la  
encontrará (en la eternidad):  
el que os recibe, me recibe;  
y el que á mí, al que me ha  
enviado. Quien recibe al profeta  
en cualidad de profeta, del pro-  
feta tendrá el premio: y el que  
recibe al justo en cualidad de  
justo, recibirá la recompensa del  
justo. Asi el que diere á beber  
un solo vaso de agua fria á cual-  
quiera de estos pobres con aten-  
cion á ser mi discipulo, en ver-  
dad os aseguro, que no perderá  
su remuneracion.

MEDITACION.

*De la necesidad de la penitencia.*

PUNTO PRIMERO. — Considera, que no hay mas que dos cami-  
nos para ir al cielo, ó la inocencia, ó la penitencia. No hay me-  
dio. O nunca has pecado, ó fuiste pecador. ¡Buen Dios! ¿quién  
podrá presumir de conservarse en aquella primera inocencia?  
¿Pues quién podrá dispensarse de los rigores de la penitencia?  
Busca otra senda si la hallas; pero advierte que Jesucristo la  
ignoró. Fingete el sistema que quisieres; forja la moral que se  
te antojáre; pretestos de salud, vanos titulos de la edad, ó del  
estado; figúrate privilegios, y razones para eximirte de una ley  
tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar en  
tiempo, ó arder por toda la eternidad: ó infierno, ó penitencia.

Esta vida es el tiempo de la misericordia; es el fruto de la  
muerte del Redentor. Pero la justicia no por eso ha de quedar  
frustrada de sus derechos. Estos son los que corren á cuenta de  
la penitencia. Ella, por decirlo así, es como sustituta, ó como  
apoderada de la divina justicia. Si: Dios quiere fiarse de tu  
buena fe para castigar tus pecados: quiere que tú mismo seas  
el vengador de tus delitos, que te impongas el castigo. ¿Pu-  
dieran estar tus intereses en manos mas favorables, ni mas ami-  
gas? Desengañémonos: todo pecado ha de ser castigado, ó por  
un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¡Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo, solo por haber  
tomado la apariencia de pecador! Las almas mas puras, los San-  
tos mas inocentes pasaron la vida entre espantosas penitencias, y  
en la mayor amargura de corazon. ¡Cuanto tiempo por las culpas  
mas leves mojaron el pan en sus dolorosas lágrimas! Nosotros,  
gracias al Señor, somos de la misma religion: hemos pecado. ¡Ah!  
que ninguno de nosotros hay que no pueda decir con el Profeta:  
*Iniquitates meae supergressæ sunt caput meum.* (Psal. 37.) Re-  
bosan mis maldades por encima de la cabeza. ¿Y cual es nuestra  
penitencia? Mientras tanto ninguno hay que no espere gozar la  
misma gloria, que gozan los Santos; ninguno que no pretenda  
la misma corona. ¿Pero en qué se funda esta confianza? ¿En los  
méritos de Jesucristo? Sin duda que á estos méritos deberemos  
nuestra salvacion. ¿Pero será sin hacer penitencia? Oigamos al  
mismo Jesucristo: *Nisi penitentiam egeritis, omnes similiter  
peribitis.* (Luc. 13.) Si no hicieris penitencia, todos perecereis  
sin remedio. No ignoraba él mismo el precio de su sangre; cono-

cia perfectamente el valor, y la virtud de sus merecimientos. Sin embargo de eso, con toda la redencion superabundante, con todo el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará, si no hace penitencia: *Omnes*: todos perecereis: igualmente el rey, que el vasallo, tanto el amo, como el criado: *Omnes*: la dama delicada y noble, como la mujer mas zafia y mas plebeya, la señora de la casa, y la moza de la cocina: *Omnes*: el sabio, el ignorante, el caballero, el mercader, el mozo, y el viejo, el seglar, y el religioso, todos perecereis de la misma manera, si no hicieris penitencia: *Omnes similiter peribitis*. Este solo oráculo vale una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah, mi Dios! ¡qué latidos no me está dando ahora mi conciencia! ¡qué remordimientos, qué justos espantos, qué sobresaltos, qué sustos! ¿Y será todo esto sin provecho?

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que es grande error querer salvarte sin hacer penitencia. A menos que renuncies mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debes inferir, que el que pecó, si no hace penitencia, no se salvará. ¿Se cree, ó por lo menos se sigue el día de hoy esta evangélica maxima?

¿Pero no será bastante penitencia confesar uno sus pecados, y no bastará por satisfaccion aquellas oraciones vocales, aquellas ligeras obras de virtud, que se imponen en penitencia? A esta pregunta respondo yo con otra. ¿Y será posible, que la doctrina de Jesucristo en orden á la necesidad de la penitencia se ha de entender por esto solo, y no ha de tener otro sentido?

¿Los Santos que no practicaron otra teología moral, que la que les enseñó Jesucristo, dieron á estas palabras una interpretacion tan benigna? ¿Y nosotros mismos, por poca tintura que tengamos de nuestra religion, nos persuadirémos fácilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestras graves culpas, se reduce á una satisfaccion tan corta, tan ligera, y tan superficial? ¿Despues de los mas enormes pecados será está toda la penitencia de un cristiano?

¡Qué! ¿aquellos disolutos, aquellos insignes pecadores, aquellas mujeres mundanas, cuya confesion apenas interrumpe por algunas horas una, ú dos veces al año, el juego, el fausto, la profanidad, los convites, los saraos, y acaso otros pecados mas feos; esas personas que se disponen para la confesion de la Pascua con las mas refinadas diversiones del carnaval, y que aun quizá se dispensarán del ayuno, y de la abstinencia de carne en la cuaresma; todas estas hacen verdadera y suficiente penitencia?

¡Qué! ¿aquellas otras personas tan inmortificadas, que bajo una exterior apariencia de virtud, en traje y profesion de penitencia buscan acaso todas sus conveniencias, todas sus comodidades; que á los ojos de Dios puede ser no tengan de penitentes mas que la indispensable obligacion de serlo: esas personas que no reconocen otra regla que la del amor propio, habrán hecho verdadera penitencia? Y si no tratan de entablar una vida mas penitente, ¿en qué principios, contra la palabra espresa del mismo Jesucristo, fundarán la esperanza de su salvacion?

¿Pero no me hallaré yo por ventura en el caso? Estoy seguro de que he pecado: ¿mas estoy igualmente seguro de que he hecho penitencia? ¿Siguióse á esa verdadera contricion la fuga de las ocasiones, la reformation de las costumbres, la modestia en el vestido; en fin los frutos dignos de penitencia?

¡Mi Dios! ¡cuanto tengo de que reprenderme! ¿Y como sufriré algun día los cargos que vos me haréis, si desde hoy no comienzo á hacer penitencia? Veo la precision, conozco la necesidad indispensable: todo lo arriesgo, si la difiero. Mas, aunque supiera que habia de morir dentro de veinte y cuatro horas, quiero tener el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS. — Señor, de hoy en adelante repasaré delante de tí mi mala vida en la amargura de mi corazon. (*Is. 38.*)

¿Quién dará, Señor, á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar día y noche mis maldades? (*Jerem. 9.*)

### PROPOSITOS.

1 Pocos hay que no digan, y menos son los que no tienen mil razones para decir, que son grandes pecadores. ¿Pero donde está la penitencia? Esa confesion estéril solo sirve para aumentar el cargo. ¿De qué sirve confesarse uno pecador, si no se hace penitente? Ni hay que disculparse con la poca edad, con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con el estado, con la calidad. ¿Pecaste? Pues sin penitencia no hay para tí salvacion. Fuera de la penitencia interior, que se pasa en la amargura del corazon, es necesaria otra penitencia exterior, que mortifique el cuerpo, y que le humille. Comienza por las penitencias que son de precepto: abstinencias de obligacion, ayunos de la Iglesia, que son leyes de que no te puedes dispensar con vanos pretextos. ¡Qué desórden no se vé el día de hoy en este particular! Parece que estos preceptos solamente se hicieron para los claustros, ó para la gente pobre.



¿Es una persona noble? ¿Es rica? Pues nunca tiene bastante salud para comer de vigilia, ó para ayunar: es preciso que se la dispense. ¿Pero aprobará Dios todas estas dispensaciones? Examina lo que has faltado en este punto: Guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen sin grave, y sin notorio motivo, porque te harás reo de su pecado.

2 No te contentes con las penitencias comunes, de que ningún cristiano puede lícitamente dispensarse, no ocurriendo grave causa para ello: hay otras particulares, que quizá no te serán menos necesarias, respecto de tus necesidades espirituales. La vista sola, solo el nombre de instrumentos de penitencia, aterra frecuentemente á muchas personas, á quienes no aterra las mayores maldades. Bien se les pudiera preguntar á muchos, si el número y la enorme gravedad de las culpas dispensa de este género de penitencias. Porque es cosa que llama la admiracion la novedad que les causa, cuando un confesor celoso, al oír sus enormísimas culpas, tiene valor para imponérselas. ¡Cosa asombrosa! un jóven, una doncellita tierna dejan el mundo aun antes de haberle conocido, y van á conservar su primera inocencia entre los rigores de la penitencia mas austera, mientras aquel otro hermano suyo disoluto, aquella otra hermana desenvuelta, viven entregados al desórden, sin querer ni aun oír hablar de penitencia, ni de mortificacion. ¿Será semejante la suerte eterna de unos y de otros? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes observar en este punto. No des oídos á tu delicadeza, sino á tu religion, á tu conciencia, y á tu necesidad. Si te conservas todavía en la inocencia bautismal, la penitencia es como la sal que preserva de la corrupcion: si pecaste, no hay otro contraveneno que la penitencia.

## DIA XV.

### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTINO, Y JOVITA, en Brescia, los cuales despues de padecer por Jesucristo muchas persecuciones en tiempo del emperador Adriano, recibieron como vencedores la gloriosa corona del martirio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN CRATON, mártir, en Roma, que juntamente con su mujer y toda su familia fué bautizado por S. Valentin, obispo, y poco despues con todos ellos fué martirizado.

SANTA AGAPE, virgen y mártir, en Terni (en Hungria.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO, CASTULO, MAGNO, Y LUCIO, también en Terni (en Hungria.)